

PAISAJES



CAMÉCUARO.

Salve, la alberca azul, nido de fuentes,
Que en medio de antiquísimos sabinos
Dilatas de tus aguas transparentes
La soñolencia y el color divinos.

Las raíces lamiendo con molicie
De los troncos tan altos como viejos,
Extiendes tu serena superficie,
Que forma aquí y allá rotos espejos.

Cien y cien escondidos manantiales
Tu seno rasgan con pausado giro,
Y atesoran en tu álveo sus cristales
De líquida esmeralda y de zafiro;

Pero tan lentos en manar se esmeran
Que la arena brillante mal revuelven
En espirales, que tu paz no alteran
Y en tu seno muy pronto se disuelven.

Sólo turba tu plácido sosiego
Una gota, que suele deslizarse,
En círculos concéntricos que luego

En tu eterna quietud van á borrarse.

Como naves de templos comenzados
Como bosques de cimbras y pilares
Se elevan, por tus aguas retratados,
En filas los sabinos seculares.

Y enseñan en los rudos filamentos
De sus troncos los siglos, que han vivido,
Y cuelgan desceñidos á los vientos
Sus mechones de musgo encanecido.

¡Cómo es encantador, cuando la tarde
Abraza al rojo sol para morirse,
Ver el incendio, que á lo lejos arde,
En tu inmenso cristal reproducirse!

¡Cómo crece la hermosa perspectiva
Mirada contra el sol! Forman las ramas
Aquí y allá las curvas de la ojiva,
Dejando penetrar vívidas llamas.

Los rayos en fantástica aureola
A tus ancianos árboles circuyen
Y su luz el ramaje tornasola
De tus enebros, que su luz obstruyen.

Cuando la luna con su fuego blando
Los dorsos de tus árboles platea,
Sus gigantescas sombras recortando
Sobre tu linfa, á trechos cabrillea.

Claridad y tinieblas en lo hondo
Alguna forma caprichosa abultan;
Y con la luz cien iris en el fondo
De tus veneros límpidos resultan,

Que al remover la arena en borbollones
Debajo de tus aguas cristalinas
Hacen pensar en tales ocasiones
En el mito de Náyades y Ondinas.

Arropada en translúcidos vapores

Viene á verte la luz de la mañana:
No le das ni suspiros, ni rumores,
Que eres muda, mi plácida fontana.

Tú no sabes hablar, cual si vivieras
En un eterno amor embebecida
O como si por siempre padecieras
La tristeza más honda de la vida.

Tanganzicuaró, Abril de 1898.

A LA QUINTA DE QUITA-PESARES

¡Oh! si es verdad que los pesares quitas
Huerto feraz, que de tu caro dueño
A los huéspedes das horas benditas;
Bajo tus frondas mi dolor esconde
Y á ese nombre halagüeño,
Que un infeliz te impuso, corresponde
Hoy que, buscando en tu retiro calma,
Traigo un pesar que me destroza el alma.

Hermosa, tus arriates triangulares
La muestra son de lo que al campo dona
Con amor y largueza singulares
La tibia mano de la ardiente zona:
Naranjos á millares,
El hojoso ramaje al cielo elevan
Y enriquecidos llevan,
El sentido halagando
Y á la par amorosos perfumando
Al viento perezoso que los mueve,
Dorados frutos y azahar de nieve.

Del Fondo del Alma. -85

¡De su vasto poder haciendo gala
 Cuántas otras riquezas te regala
 Amorosa natura!
 Crece en tu seno y vigoroso extiende
 Torcidas ramas el *Mamey* adusto,
 Y entre puñados de hojas se desprende
 El duro fruto, que gentil defiende
 Urna cerrada, que le brinda al gusto
 Dulce néctar en pulpas coralinas.
 Las sombras de tus árboles destinas
 A que medre con ellas el arbusto
 Gracioso del café tan codiciado,
 Y en granos de rubí su fruto ería,
 Que en oloroso líquido troeado
 Disipa el tedio en el calor del día.

Tienes también, regalo de los ojos,
 Del paladar delicia que ambiciona,
 El *Mango*, que en manojos
 De guinda ó de granate se corona
 Antes que cuelguen, estivales dones,
 De sus hojas sin par en el decoro
 Sus pomos, que parecen corazones
 Reteñidos de púrpura y de oro.

Ya el granado sus flores carmesíes
 Ostenta aquí, las ramas destejiendo,
 Sus frutos coronados prometiando,
 Sus arcas con mazoreas de rubíes.
 Ya el *plátano* tus muros revistiendo,
 En lluvia de follaje se desgrana
 Y con violadas flores
 Ya sus menudas hojas engalana,
 Buscando los amores
 Del que á sus pies risueño se desliza
 Hilite de agua pura,

Que la vecina yerba fertiliza
 Y esparce de verdor y de hermosura.

Descuellan en las puntas de tus calles,
 Elevando sus curvas cabelleras,
 Sus erizados y escamosos talles
 De robusto grosor, las datileras,
 De tal suerte orientadas
 Que les lleven las auras mensajeras
 De la una á la otra, del amor tributo,
 De polen invisible oleadas,
 Que sus cogollos trocarán en fruto.

En tu querido suelo
 Que en negros surcos plácido se riza,
 Regado de mansísimo arroyuelo,
 Derrama la benéfica hortaliza
 Sus hojas varias y rollizos tallos,
 Mientras que avara en esconder se aferra
 Sus frutos y guardallos
 En el seno fecundo de la tierra.

Mas nada así me encanta
 De cuanto bello don tienes y cuidas,
 Como el cerco de palmas escogidas
 Que en tu centro á los aires se levanta.
 ¡Cuán bellas son, cuán bellas!
 Sólo de un alma soñadora y pura
 La gentil hermosura
 Se puede acaso comparar con ellas.
 El tronco, que robusto se dilata,
 Cual forrado de cingulos de plata,
 Columna de gallarda arquitectura,
 Por capitel ostenta
 Verde y esbelto cáliz en la altura
 Rociado de púrpura y de gualda,
 Que su penacho circular sustenta

De colosales plumas de esmeralda.
 Y bullen cimbradoras
 A los rayos del sol le das brillando
 Y al beso de los aires susurrando.
 Y á las aves canoras
 Asilo dan, que pagan su hospedaje
 Convirtiendo en venero de armonía,
 Desde la aurora hasta que muere el día
 De las soberbias palmas el ramaje.
 Bajo tu cielo espléndido, en tu clima
 Que ardiente y amoroso
 Al decaído corazón anima,
 A tus encantos y verdor umbroso
 Hoy doliente mi espíritu se arrima,
 Del júbilo á coger las frescas rosas;
 Mas si ya no es posible que me guardes
 En tus hechizos horas deliciosas,
 En la púrpura bella de tus tardes
 Sepulta mis tristezas misteriosas,
 Que el gran silencio de las sombras aman;
 Y embriague á mis recuerdos lastimeros
 El olor de las auras, que embalsaman
 Tus noches, opulentas de luceros.

Hacienda de Oacaleco, Marzo de 1893.

LA GRUTA DE CACAHUAMILPA.

Esta es la famosísima caverna,
 Palacio de la noche: penetremos
 Bajo el dominio de la sombra eterna.

Ya falta luz: las teas aprestemos,
 Y á sus rojos fulgores maravillas
 De bruñido cristal admiraremos.

Las rocas del vestíbulo sencillas
 Se alzan; el suelo á declinar empieza
 Recubierto de blancas piedrecillas.

Son ripios que regó naturaleza
 En su labor de inmensa arquitectura
 Al decorar la cóncava grandeza.

Ya de conos truncados en figura
 Adornan al redor ciertos parajes
 Estalacmitas cual de nieve pura.

Y sobre ellas calcáreos cortinajes
 Descienden de las bóvedas, abiertos
 En pliegues de bellísimos encajes.

Los tronos son, que de los reyes muertos
 Esperan á las sombras, que glaciales
 Aquí tienen sus fúnebres conciertos.

Más allá monumentos sepulcrales
 Figuran suntuosísimos y varios
 Los grupos gigantescos de cristales:

Como urnas y recintos cinerarios,
 Piras y tumbas de figura extraña
 Y yacentes estatuas y sudarios.

El agua, que se filtra en la montaña,
 Y esas obras cuajó, gota por gota,
 Hoy con rumor fantástico las baña

Como lluvia de llanto; y su obra ignota
 Continúa, de siglos el trabajo
 Bajo la peña, por su esfuerzo rota.

De la encumbrada bóveda debajo
 Ha colgado sus albas concreciones
 Que apenas se perciben desde abajo,

A la luz de las lámparas y hachones,

Y son, por el magnesio iluminadas,
De arquitecto soñadas concepciones:

Fustas, p lares, góticas arcadas,
Bellas interminables galerías,
Do se ven pasear sombras aladas,
Torreones, caladas celosías
Que en hiedras de tiniebla se rebujan
O brillan con sus mil argenterías.

Boscajes, que las torres sobrepujan
Con sus erguidos y nevados ramos
En el fondo distante se dibujan.

Tan sorprendente aparición dejamos
Y por un pedregal, donde la gruta
Se angosta horriblemente, penetramos.

Es fama que perdido en esta ruta
Un hombre pereció: sin luz ni guía
Andando á tientas, la pared hirsuta
Halló doquier: salida no tenía
El laberinto, y él amedrentado
Y loco de pavor se estremecía.

Jadeante su can, desorientado
Marchaba junto de él. Por orientarse
El sus ropas quemó desesperado.

Y miró las tinieblas rejuntarse
Al consumirse la última pavesa,
Y, formando visiones, espesarse.

Con el horror, que en sus entrañas pesa,
Y por el hambre se cayó rendido
Bajo el sudario de la sombra espesa.

Después le hallaron muerto y aterido
Do la senda entre guijas culebrea.
Y el perro junto y á sus pies tendido.

Mas ya tocamos brecha gigantea
¿Y no escucháis murmullo inesperado

Como de fuente oculta que gotea!

Es el *agua bendita*. Se ha juntado
En el tosco tazón que las goteras
Le hicieron en el muro acantilado.

Aplaquemos la sed con sus parleras
Aguas sutiles. Y... á mirar nos llaman
El inmenso *salón de las palmeras*,

Suben los gruesos troncos, desparraman
Sus gajos de cristal, y la techumbre
Con ramajes espléndidos enraman.

Cada columna en su remota cumbre
Con sus arcos de palma á la otra abraza
Como á tener la enorme pesadumbre.

Ved la *f fuente de leche*. Un tronco enlaza
Tres tazas de alabastro y se desprenden
Los chorros de cristal de taza en taza.

Viendo hacia atrás, cuando las sombras
(hienden

Compañeros con teas inflamadas,
No se sabe si suben ó descienden.

El eco al escuchar de mis pisadas
Parece que me siguen misteriosos
Los dueños de estas lóbregas moradas.

Y chirpian los mureiélagos medrosos
De la peña en los altos escondrijos
De la antorcha á los rayos temblorosos.

Ya con afanes y sudor prolijos
El fin tocamos de la gruta umbría,
Mansión de la tiniebla y de sus hijos.

Es su ábside la altiva galería
Cual coro de una catedral extensa
Con órganos de pura argentería.

Aquí en el fondo de la sombra densa
Un instante las luces apaguemos

Para saber lo que es la noche inmensa.
 Hasta el concepto de extensión perdemce,
 Y crispada la mano en el vacío,
 Buscando lo impalpable, alargaremos.
 ¡Qué delirio, por Dios! El rostro mío
 Llego á palpar inesperadamente,
 Y ya me invade del horror el frío.
 ¡Luz! ¡Quiero luz! La sombraindeficien
 [te.

Dejemos de estas bóvedas inciertas,
 Aunque sean hermosas ciertamente.
 Mas la belleza no es de alas abiertas
 De lo que vive y en la luz se baña,
 Es la hermosura de las sombras muertas.
 Pero al salir de la caverna extraña,
 Donde el declive y artesón permiten
 Que entre la luz de fuera la montaña,
 Parad: dejemos que la aurora imiten,
 Esos rayos de luz que se derraman,
 Y de los cielos el azul transmiten
 A la tiniebla y el recinto inflaman.

Cacahuamilpa, Diciembre de 1892.

JACONA.

Un pueblecillo encantador, cercano
 A la ciudad en que nací, risueño
 Al pié del monte, en el confín del llano
 De un poeta parece blanco ensueño,
 Vestido de follaje se levanta,

En el *Celio* bañándose la planta.
 De *paraiso terrenal* le dieron
 El nombre los vecinos moradores;
 Y á fé mía que al darlo no mintieron
 A ese bardal de frondas y de flores,
 Almohada en que apoya su cabeza
 Espléndida y gentil Naturaleza.

Para cada casita un huerto tiene,
 Cada huerto cien hilos de agua pura,
 Mil murmurios cada agua cuando viene
 Retozando á través de la espesura
 De guayabos, naranjos y limeros,
 Que son del aura ricos perfumeros.

Hace, frutos al dar, todos los años
 Creer en el jardín de las Hespérides,
 Y olvidar por sus fuentes y sus baños
 La famosa Castalia de las Piérides,
 Que, si acaso existieran, dejarían
 Sus aguas, y en Jacona habitarían.

En sesgo curso la atraviesa el río
 Oculto por jardines tropicales,
 Donde susurra el platanar sombrío
 Tremolando sus hojas colosales
 Y el sauce inclina lánguido sus ramas
 En que el sol finge vívidas escamas.

Medran allí los árboles mejores:
 Del fresno y del sabino corpulento
 Al chirimoyo, cuyas leves flores
 Exquisita fragancia dan al viento,
 Bien anunciando el fruto delicado
 De azúcar y de aroma sazonado.

Desde las tuberosas peregrinas
 De hojas manchadas de carmín y plata
 Al árbol de las rojas clavellinas,